

Un milagro de amor

Hermana Constanza Enith Bonilla

Segundo puesto

El majestuoso reloj Victorino marcaba las doce de la noche. En el elegante salón todo era jolgorio y entusiasmo. Se escuchaba el tintineo de las copas que burbujeaban con el fino champaña francés; comenzaba un nuevo año; amanecía el siglo XX. Al son de la orquesta de cámara danzaban un vals vienés, hombres y mujeres elegantemente vestidos de seda y brocados. Eran los grandes de Colombia que reían y gozaban ignorando el dolor del pueblo sumido en una de las más terribles tragedias: la Guerra de los mil días, que desde el año anterior sembraba el terror, la destrucción y la muerte en ciudades, pueblos, campos y caminos de este hermoso país tan martirizado por conflictos fratricidas.

En una vereda del altiplano nariñense, cerca de la ciudad de Túquerres, una joven campesina, entre lágrimas y sollozos contemplaba el cielo estrellado, pálidamente iluminado por la luna en creciente. Estaba de pie, frente a la puerta de una humilde casucha de bareque, piso de tierra y techo pajizo. Su figura era pequeña, delgada; su tez morena, sus ojos negros y expresivos y, su cabello oscuro entrelazado caía sobre su espalda.

Suspiraba: comienza un nuevo año; es primero de enero de 1900; cómo extraño a mi Manuel; me lo arrebató esta guerra tonta; entre unos que se dicen liberales y otros conservadores, pero, en fin, todos son pobres campesinos mestizos como nosotros. El viento helado golpeó el pañolón que cubría sus hombros y jugó con su follado. Se dijo: ¡que frío hace! Acto seguido, entró por la pequeña puerta y se postró de rodillas ante un cuadro de la Virgen de Las Lajas que colgaba en la pared. Virgencita linda, oró, mi mestiza amada, cuida a mi Manuel, tráelo de regreso conmigo. No te olvides que en tu santuario el Señor bendijo nuestra unión hace seis meses. Hemos sido felices y en mi vientre ya siento el fruto de este amor.

– No dejes que me lo maten...

Lloró amargamente y las tinieblas que envolvían su humilde vivienda se llenaron de luz, porque las brasas de la tulpá ubicada en un rincón, de pronto se avivaron y en el corazón de Maruja se encendió un rayo de esperanza.

Vencida por el sueño y el dolor, se acostó en su jergón de paja, durmió profundamente y soñó con el amor y los besos de Manuel. Un haz de luz se coló por la ventana y la despertó; saltó de la cama y, con una sonrisa, saludó al primer día del nuevo siglo. Estaba entrada la mañana cuando llegó Juan, muchacho joven y bien parecido, hijo de la vecina, quien le ayudaba en el cuidado de las gallinas y la labranza de una pequeña parcela de tierra aledaña a su casa.

– Buenos días, misia Maruja, un feliz año; hoy la veo más alegre. Mire: la papa ya casi está para la cosecha y pronto el trigo estará listo.

– Buenos días, Juanito, ¿cómo esta misia Mercedes, su mamá?

– Mi ma' está bien y le envía unos pancitos de queso pa' que desayune.

– Muchas gracias, se los ven muy buenos. Ya los comeremos con un poco de agua panela. Cuénteme que se sabe de la guerra.

– Ayer pasaron por el rancho unos soldados. Nos pidieron comida y nos contaron que se encontraron con los rebeldes y hubo mucha bala con muertos y heridos. Ellos, a duras penas pudieron huir y llevaron consigo a heridos donde unas monjitas muy buenas que vinieron hace unos años de un sitio muy lejano; dicen que de Europa. Ellas han abierto un hospital en Túquerres y atienden con mucho cariño a todos los que vienen, buenos y malos, de día y de noche. Se quitan el pan de la boca pa' dárselo a ellos y no se asustan cuando algunos de estos son groseros y las maltratan.

Maruja escuchaba con atención el relato; temblaba de emoción pensando en la suerte de su amado. Se levantó y, con lágrimas en los ojos, corrió a la habitación y, postrada delante del cuadrito milagroso, gritó entre sollozos: ¡Virgencita: mi Manuel está en peligro; no permitas que se muera! Regresó, se sentó en la banquita ubicada en la entrada de la casa; se cogió la cabeza con las manos y su cuerpo se sacudió con violencia por el dolor y la angustia. Juan corrió y sacó de la olla un poco de agua panela caliente y se la ofreció diciéndole:

– Misia Maruja: tranquilícese, porque el guagua que espera se puede enfermar; tómese esta panelita; estoy seguro que la virgen le ha escuchado y don Manuel pronto regresará.

Maruja tomó un sorbo y más serena, acarició su vientre y musitó: guagüita mío, luz de mi vida, la virgencita traerá muy pronto a tu papá. Maruja secó sus ojos con las manos y entró a la cocina a preparar algo de comer, mientras Juanito arreglaba el gallinero. Al atardecer, el cielo estaba engalanado con arboles multicolores, rojo, amarillo y azul que producían un paisaje

pintoresco; las montañas se tornaban de un verde oscuro. La naturaleza comenzaba a reposar.

Juanito estaba despidiéndose, cuando de pronto, se oyó unos pasos que hacían crujir las hojas secas del camino, acompañado de unos gemidos y el jadeo de una respiración dificultosa. Los dos corrieron para observar qué ocurría. Ante ellos apareció la figura de un hombre alto y muy delgado que caminaba con dificultad, apoyándose en un palo. Llevaba una ruana gris y un sombrero que ocultaba su rostro. Se acercó a ellos y cayó pesadamente sobre el polvo. Maruja gritó: ¡Manuel! ¡Manuel! ¿Qué le pasó? ¡Está herido! Se arrodilló a su lado y depositó un beso en su frente. Sus labios se humedecieron y sintieron una sensación quemante. Está con mucha calentura. ¡Juanito, ayúdeme!

Como pudo, Manuel se incorporó apoyado en su mujer; entró y se dejó caer pesadamente en la cama.

– Al fin llegaste a casa; la Virgen me ha escuchado.

Con la ayuda de Juan, Maruja retiró la venda sanguinolenta que cubría su pierna derecha. A la luz de una vela de cebo miró con horror cómo, en la zona de la pantorrilla, había una herida profunda con abundante secreción purulenta y mal oliente; los verdes de la herida, con un color morado.

Maruja exclamó: Manuelito, ¿qué te pasó?

El respondió con voz entrecortada:

– Iba con mis compañeros por el camino, cuando un grupo rebelde nos emboscó; me dieron en la pierna, caí al suelo y me hice el muerto y cuando, por fin, se fueron, me vine como pude. Me puse un pedazo de camisa para estancar la sangre y cubrir la herida. Un buen hombre me recogió y me tuvo unos días en su casa, me curó la herida y un poco más confortado caminé un día entero para llegar hasta aquí. Tengo fiebre y mucho dolor, creo que se me infectó.

– Bendita sea la virgencita que te salvó. Juanito: mañana hay que llevarlo donde las monjitas pa' que me lo curen.

Ya era tarde cuando Juan se fue a su casa. Maruja pasó la noche al pie de la cama, lavó la herida con yerba mora, puso paños fríos en la frente y le dio agua panela con limón para bajar la fiebre. Manuel deliró toda la noche; en su sueño agitado, se veía en el campo de batalla, con las balas silbando por su cabeza. Maruja rezó a la Virgen, mirando su cuadrito:

– No permitas que se muera. Y, con el alma arrugada, se quedó dormida.

Ya aclaraba cuando oyeron unos golpes en la puerta y una voz femenina que saludó: ¡Alabado sea Jesucristo!

Maruja se incorporó y abrió la puerta. Se encontró con una religiosa vestida de color café y cubierta su cabeza con una cofia blanca y un velo negro. Era de tez muy blanca y rosada, con unos hermosos ojos azules de mirada dulce y penetrante. Maruja le hizo entrar. La visitante le habló en correcto castellano, con un leve acento extranjero:

– Soy una de las monjitas de Túquerres, -dijo. He venido a ver a su esposo; anoche, cuando oraba, la Virgen me iluminó para que viniera. ¿Cómo está usted? ;He venido a ayudarlo!

– Gracias, madrecita, -respondió Manuel, con voz débil parecida a un quejido. Estoy herido en mi pierna derecha. Está infectada, me duele mucho, tengo calentura y la cabeza está que se me parte.

La religiosa sacó vendajes y antisépticos de su mochila. Lavó la herida con el agua que tenía lista Maruja. Le limpió con mucho esmero y le vendó con delicadeza.

Mientras hacía la tarea de buena samaritana, les habló de la bondad de Dios:

– Él es un padre cariñoso que nos ama a todos; somos hermanos; por eso no deberían existir las guerras. Les habló del perdón, porque Jesús en la cruz nos enseñó a perdonar a los enemigos y dio la vida por todos, buenos y malos. También les recordó lo importante que es amar a María, ya que ella siempre se preocupa por todos nosotros porque somos sus hijos.

Recomendó a Maruja que le diera a Manuel caldo de gallina y agua de manzanilla y toronjil.

Luego los miró a los ojos y los esposos vieron reflejados en sus pupilas, la grandeza e inmensidad de la bondad de Dios. Sus corazones se llenaron de paz y alegría y en ellos brotó la esperanza.

– Soy la Madre Caridad, les dijo al despedirse. Todos los días vendré, hasta que esté sano.

La monja se alejó por el camino con paso firme y ligero. En la mente de Maruja y Manuel quedó grabada la mirada limpia y azul de la santa religiosa. Manuel sintió que cobraba fuerzas, se incorporó y pudo caminar; estaba sano. Exclamó: ¡milagro!, ¡milagro!, la Virgencita usó sus manos para curarme. Los esposos se fundieron en un abrazo y comenzó para ellos el Año Nuevo con alegría y amor para esperar el retoño de su hermosa unión. Se dijeron: “tan pronto sea la cosecha, iremos con una remesita pa’ agradecer a la Madrecita de los ojos de cielo”.